

SERGIO DEL MOLINO

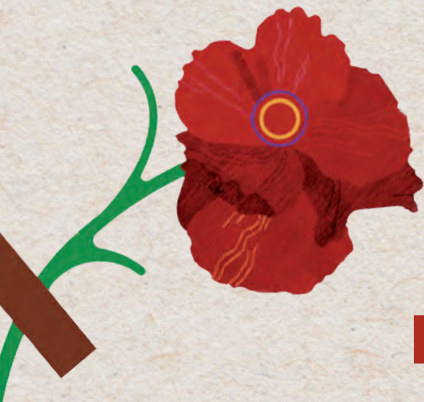
ILUSTRACIONES DE ANA BUSTELO

ATLAS
SENTIMENTAL
DE LA
ESPAÑA
VACÍA



geoPlaneta





EL LIBRO MÁS PERSONAL Y EMOTIVO DE SERGIO DEL MOLINO SOBRE LA ESPAÑA VACÍA

Este atlas recoge **32 historias que nos transportan a las provincias que conforman la zona más despoblada de España**, la conocida como España vacía. Algunas son historias vividas por el autor, en otras él es un mero transmisor, pero todas se trascienden a sí mismas y permiten entender y reflexionar sobre aspectos culturales o históricos de nuestro país.

Un nómada que encuentra su equilibrio volviendo a sus orígenes, un museo cuyas obras están enterradas bajo tierra, nacionalismos con un lado oscuro, ciudades que viven de espaldas a su pasado y comarcas que luchan contra el olvido... En este *Atlas sentimental de la España vacía* el autor comparte con los lectores un puñado de historias que revelan la relación íntima y poderosa que millones de españoles mantienen con las partes escondidas del mapa.



Sergio del Molino es autor, entre otros, del fundamental ensayo narrativo *La España vacía* (2016), que consiguió traer el problema de la despoblación a la primera plana de la actualidad. Antes había ganado los premios Ojo Crítico y Tigre Juan con *La hora violeta* (2013) y después se alzó con el Premio Espasa gracias a *Lugares fuera de sitio* (2018). Además, es autor de novelas como *La Piel* (2020), *La mirada de los peces* (2017) y *Lo que a nadie le importa* (2014), y de ensayos como *Contra la España vacía* (2021). Es también columnista de *El País*, y colaborador de Onda Cero Radio, entre otros medios.

SUMARIO

Prólogo

Lugo • OLIVER LAXE Y EL FUEGO

Orense • VICENTE RISCO, EL ESPIRITISTA

Asturias • METAFÍSICA FERROVIARIA

Cantabria • LOS RÍOS NO NACEN NUNCA

Álava • LA INVENCIÓN DE LA HISTORIA

Navarra • ORBAICETA: GUERRA DENTRO DE LA GUERRA

LaRioja • ORGULLO DE ESCUELAS

Ponferrada • LA CIUDAD DEL DÓLAR

Palencia • GUARDO, LA DETROIT DEL CARRIÓN

Burgos • LA VOZ DEL CHAMÁN EN POZA DE LA SAL

Zamora • EL SILENCIO DE LAS ARRIBES

Valladolid • LOS VIGÍAS DEL CIELO

Salamanca • EL CEMENTERIO DE ARTE DE MORILLE

Ávila • LA CUNA DE LA DEMOCRACIA

Segovia • PEDRAZA POTEMKIN

Soria • EL TELÉFONO DE BAQUELITA DE ALMAZÁN

Huesca • EL BANDIDO QUE NUNCA SE ARREPINTIÓ

Zaragoza • ESPECIES INVASORAS

Teruel • LA COSTA TROPICAL DE LOS DINOSAURIOS

Lérida • VIAJE AL MERENGUE

Castellón • EL PIRATA DEL MAESTRAZGO

Valencia • LA VALENCIA SIN VALENCIA

Guadalajara • LAS GENTES DEL CAMINO

Toledo • EL VIÑEDO DE EUROPA

Cuenca • HÉROES O NIÑOS ASUSTADOS

Ciudad Real • CERVANTES CONTRA QUEVEDO

Albacete • LA KAABA MANCHEGA DEL ROCK

Cáceres • DE LA FELICIDAD NO SE VIVE

Badajoz • LO QUE QUEDA DEL IMPERIO

Huelva • EL CASO HINOJALES

Córdoba • CUANDO LOS ILUSTRADOS

INTENTARON REPOBLAR LA ESPAÑA VACÍA

Jaén • EL THOREAU DEL SEGURA



ATLAS SENTIMENTAL DE LA ESPAÑA VACÍA

Autor: Sergio del Molino

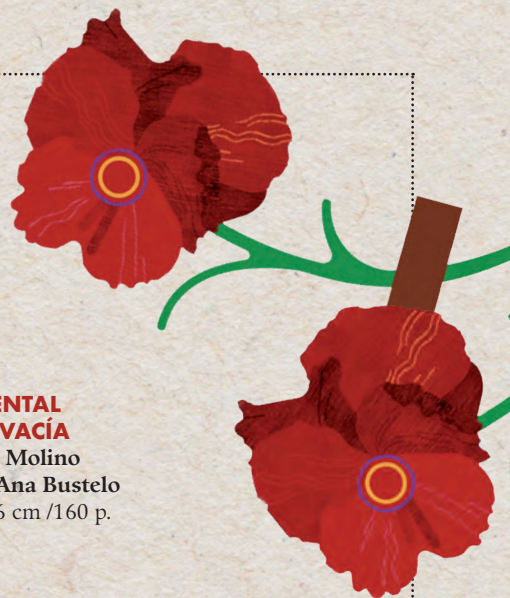
Ilustraciones de Ana Bustelo

Formato: 18,5 x 26 cm /160 p.

PVP: 24,95€

A LA VENTA:

17 DE NOVIEMBRE 2021





Siempre he tenido afición a perderme por carreteras secundarias, incluso de forma literal: cuando no existían los navegadores y era fácil saltarse los desvíos y acabar en un pueblo imprevisto muy alejado del destino. Ahora, la pérdida es metafórica, literaria. Hay que empeñarse en perderse, porque la tecnología te tiene siempre localizado, pero aún es posible la sorpresa, incluso en los lugares más frecuentados, más aplanados por los folletos de la oficina de turismo o más resobados por las palabras de otros escritores tan impertinentes como yo.

Es un honor presentarte este atlas, que puede leerse como un libro de viajes o como una guía para curiosos del estilo de las que escribían los románticos ingleses en el XIX. He dado más de mil vueltas a España y en cada una de ellas he coleccionado rincones que no aparecen en las postales típicas. Algunos son casi secretos; otros, secretillos, y los demás, sitios bien conocidos que intento iluminar con otra luz, la que traigo puesta con mis palabras.

Este atlas es, como todos, un ejercicio de cartografía, pero a diferencia de otros no pretende ser total ni ofrecer a quien lo hojee una visión completa de España. Al contrario, lo que sigue es un viaje muy parcial y subjetivo por una parte de España, la que llamé vacía en un libro que para algunos es sinécdoque de mí mismo, con parada en sitios relevantes y marginales a la vez que tienen en común tres cosas.

La primera es que son excéntricos, en el sentido geográfico del término. No ocupan el centro de la provincia ni son espacios de poder político o económico. Al contrario: por las razones que sean, la historia se quedó un rato por allí y luego se marchó para no volver más. La segunda cosa que tienen en común es su lejanía al mar. En un país definido por su peninsularidad, que ha hecho de la costa su esencia, y de las aventuras de ultramar, su paraíso y su condena, todas las marcas de este atlas son parajes de interior. La España vacía lo está, fundamentalmente, de agua marina. Por último, el tercer rasgo que comparten estos espacios es que están pegados de algún modo a mi biografía. La cosa va de la anécdota más leve a la conexión más íntima. De todo hay en este viaje. En cada provincia aparece una historia, un personaje o una postal detenida en un instante preciso.

Cada uno de los treinta y dos capítulos (correspondientes a otras tantas provincias) está ilustrado por Ana Bustelo, que convierte la lectura en otra experiencia y justifica la elección del adjetivo "sentimental" del título. Como hay algo de mí en cada sitio, Bustelo ha imaginado una especie de álbum o cuaderno de campo que hace de este recorrido un verdadero viaje evocado. Los personajes, los episodios históricos y los rincones (que van desde un árbol que fascinó a Unamuno a un salón donde se celebraban ritos espiritistas, pasando por observatorios de estrellas o promontorios donde ondearon banderas piratas de tibias y calaveras) adquieren una textura y una verdad que no alcanzan con mis solas palabras y hacen de esta obra algo muy especial y único en mi carrera. En sí misma, es un desvío por carreteras secundarias: me he relajado y he dejado que la mirada baile y se entretenga con todo tipo de caprichos, y te invito a hacer lo mismo si me haces el honor de leerla. Es un libro para divagar y perderse, sin prisa, orden ni obligación. Ojalá sea una excursión imprevista para todos.



Sergio del Molino



CANTABRIA

LOS RÍOS NO NACEN NUNCA

Los ríos desembocan en el mar o en otros ríos, si son pequeños e incapaces de llegar solos al océano. En sus deltas y estuarios se construyen puertos y crecen civilizaciones, bibliotecas de Alejandría o rascacielos de Manhattan. Localizar la desembocadura de un gran río es fácil, porque siempre hay mucha gente en torno a ella. Incluso el Ebro, que termina en un delta de cañas y barro que empuja el fango unos kilómetros mar adentro, aparece peinado de arrozales y cultivos. No hay ninguna metrópoli antigua ni moderna en su encuentro con el Mediterráneo, pero aquello está superpoblado de pescadores, labradores y hosteleros que sirven arroces azafranados a excursionistas glotones.

Si el final de un río es refinado y próspero, el comienzo es agreste, atrasado y misterioso. No hace falta remontarse al Nilo ni ser un explorador victoriano para darse cuenta. Cualquier río escon-

de su nacimiento como los nobles falsean sus escudos para ocultar su linaje plebeyo. Hay un momento en el curso de los ríos y en los árboles genealógicos en que ya no es posible seguir. Claudio Magris, en el libro que dedicó al Danubio, recogió una leyenda sobre sus fuentes: paseando por los alrededores de Donaueschingen, donde se supone que nace, encontró una casa en medio de un campo inundado. Dentro de la casa había un grifo abierto que desbordaba la tina, que a su vez anegaba la casa y llegaba hasta el campo, que se convertía en el Danubio. Si cerraba el grifo, Magris podía secar el río.

El Donaueschingen del Ebro se llama Fontibre, como saben todos los escolares. Fontibre, Fuente del Ebro, pueblo que existe sólo como señal en el mapa. Hasta 1987, la verdad oficial designó un paraje boscoso de las afueras como nacimiento del río, y un monumento



así lo recuerda. En 1987, unos geólogos hicieron una serie de mediciones y pruebas y estropearon el mito a medias: el Ebro nace mucho más arriba, en la montaña, en un manantial situado a 1880 metros de altura, mil metros más alto que el paraje del monumento.

Ni siquiera eso parece verdad del todo, porque los ríos no tienen un nacimiento exacto. El sueño de clavar una estaca y establecer el origen indubitable de las aguas que cientos de kilómetros más allá desembocan en el mar (regando antes decenas de ciudades y culturas) es una entelequia. El Ebro, como tantos otros ríos, no se deja apresar, elude las preguntas. Se parece a nosotros, que respondemos vaguedades cuando nos piden informes sobre los antepasados.

Ebro e Iberia son etimológicamente lo mismo, por lo que el Ebro es el río de España, algo que se subraya muchos kilómetros aguas abajo, cuando guarda silencio al pasar por el Pilar. Esta circunstancia toponímica, qué duda cabe, es un agravio para el resto de ríos. Qué pensarán el Tajo, el Duero o incluso el Guadalquivir, mucho más enseñoreados y presumidos que el pobre Ebro, de cuyas aguas no han salido conquistadores ni reyes ni han venido esclavos ni especias del otro lado del mar. Es extraño incluso en su nacimiento en las

montañas cántabras, tan poco mediterráneas y tan poco secas, tan ajenas al paisaje llano y agostado que domina su curso. Es tan humilde el Ebro que sólo le queda el consuelo del nombre, como los hidalgos arruinados que limpian el polvo al blasón de la casa en ruínas.

La Fuentona, con aumentativo cántabro, marca el lugar donde nace mitológicamente el Ebro. En ella, un monolito y una Virgen del Pilar, a la que antiguamente engalanaban con cintas de muy diversos motivos. La mayoría, los colores de la bandera de España o de las comunidades por las que pasa el río. En los redobles y fanfarrias del franquismo (las esculturas que adornan el parque son de los años cincuenta, cuando se adecentó el lugar para gloria patriótica de los excursionistas), aquello quería celebrar el río con su etimología: el Ebro, vertebrador de España, apaciguador de vasquismos y catalanismos.

Como las naciones, ese fresnal que rodea el nacimiento es una ficción. Un decorado, más bien. Por mucho que el caminante se extasíe con el rumor de las aguas que brotan y con los tonos de las ramas espesas de los árboles, Fontibre no es un lugar agreste ni ajeno al mundo. A poco más de un kilómetro río abajo asoma Reínoza, primera capital del Ebro, primer recordatorio de que las aguas son mansas y humaní-

simas. Reinosa es un enclave industrial (o postindustrial, como Mieres en Asturias) que contrapuntea el bosque virginiano de Fontibre. Al Ebro no le damos tregua ni un metro. Enseguida lo embutimos entre calles, lo cruzamos con puentes y, por supuesto, lo embalsamos. Nada más cruzar Reinosa, las aguas jóvenes se encuentran con su primera presa (habrá decenas más antes del mar). El pantano del Ebro o de Arija, entre Cantabria y Burgos, es uno de los más grandes de su curso, casi un mar en medio de los montes. Se desagua por el sur, en el pueblo de Arroyo, cuyo nombre le viene muy bien porque al salir por las esclusas el Ebro se vuelve tímido. Durante unos cuantos kilómetros, da vueltas desorientado entre cañones profundos. Rápido y estrecho, como un torrente de montaña.

Y, sin embargo, tantos siglos después, ninguna nacionalidad de las que dejan sus colores en las cintas de la Virgen del Pilar que preside la Fuentona ha logrado domesticarlo. Cada poco tiempo, el Ebro revela su naturaleza intratable

con crecidas portentosas que inundan comarcas enteras. Poco más han podido hacer los humanos que contemplarlas desde lo alto, impotentes, mientras la riada se cobra sus impuestos anuales. Muy lejos de Fontibre, en las vegas bajas donde se habla con acento navarro, aragonés y catalán, los agricultores maldicen la terquedad ibérica de un río que jamás se ha comportado con la discreción y prodigalidad de los franceses. Lento, enfangado, triste y desdeñoso, yo creo que se burla del bosquecillo de fresnos de Fontibre y de esa Virgen del Pilar tan cursi que, pese a su españolidad rancia, niega todo el carácter ibérico del río de Iberia. Tal vez se venga el Ebro por ir disfrazado de europeo en su nacimiento, por fingir que Fontibre es Donaueschingen y soñar con valsos de Danubio Azul.

Como padres ingenuos, le hicimos una cuna preciosa a un hijo que, al primer meandro, reniega de nosotros y nos avergüenza. Es entonces cuando se gana el nombre de Iberia y de España, tan madrastrona, tan descreída, tan adusta. ¶



NAVARRA

ORBAICETA: GUERRA DENTRO DE LA GUERRA

De los cien años que estuvo abierta la Real Fábrica de Armas de Orbaiceta (1784-1884), España pasó sesenta y nueve en guerra. Sólo hubo paz en breves períodos inconexos que suman treinta y un años, el más extenso de los cuales fue el primero, entre 1784 y 1793. Nueve años de paz, la Pax Hispaniae más larga que conocieron los siglos hasta 1939. En el siglo en que funcionó la fábrica, dos de cada tres días fueron días de guerra.

Se entiende, por tanto, que hubiera trabajo a destajo en los talleres de Orbaiceta: muchas de las bombas, fusiles y balas con las que los españoles se mataban entre sí y trataban de matar a otros en las Américas, Portugal y África, salían de aquellas naves. La otra gran fábrica de armamento estaba en Trubia, en Asturias. Entre las dos, armaban a los ejércitos. Así se explica la enormidad

de Orbaiceta, que impresiona aún hoy, cuando sólo son ruinas. O quizá impresiona más hoy, porque son ruinas.

Carlos III mandó construir la fábrica en lo profundo del valle de Irati, sobre las aguas del arroyo Legarza, que mantenía la maquinaria en marcha, en el mismo lugar donde los reyes de Navarra patrocinaban una ferrería desde la Edad Media. Hoy sólo quedan los muros sin techo de las naves, y el agua del Legarza corre libre entre las piedras, llenándolas de verdín y erosionándolas, como si se aliara con el bosque para tragarse los restos de aquella barbarie civilizada. No lo conseguirá del todo, porque los seres humanos somos tercos y nos gustan más las ruinas que las cosas modernas: cada fin de semana, decenas de excursionistas se acercan a hacerse fotos y a trepar por las construcciones, ignorando con alegría temeraria los carteles que advier-

ten de los peligros de derrumbe. Junto a la fábrica, cruzando la plaza donde se puede aparcar el coche, hay una quesería y una casa rural muy coqueta. Ambas son síntomas de pervivencia mucho más fuertes que las promesas y los planes de restauración que se avientan en las instituciones forales de Pamplona y que, sin quesería ni casa rural, quedarían, como tantos otros, en agua de borrajas.

La destrucción que disfrutamos hoy, y que tanto hipnotiza a cualquiera que se atreva a mirar, no sólo se deben al olvido y al abandono, sino a la propia guerra. Como en una fábula con moraleja, la fábrica que alimentó tantas guerras casi fue destruida en una de ellas, a manos de tropas francesas que volvían a su país, justo al otro lado de los montes. Quien a hierro mata, dirían los vecinos del valle, que no dejaron de protestar

hasta que el gobierno de Madrid echó el cierre en 1884. Bastante miedo pasaban ya viviendo junto a la frontera como para saberse además en la diana de los objetivos militares. Desde entonces, Orbaiceta es un costurón en el paisaje que, como toda cicatriz, acaba integrándose en la anatomía. Aunque el bosque se empeñe en tomar de nuevo lo que nunca dejó de ser suyo, Irati ya no sería Irati sin esas ruinas.

Si los domingueros no gritan mucho y ningún coche rompe el bateo del agua, aún se puede sentir la vibración de la historia, y quien aplique las manos sobre las piedras y cierre los ojos, distinguirá claramente la marcha de los cuatro mil soldados que acompañaron a Zumalacáregui en 1834, cuando el general tomó la fábrica en nombre de Don Carlos. Guerra sobre guerra, metaguerra. ¶





Hay una España vacía, olvidada y arrinconada por las grandes ciudades y la actualidad, por donde Sergio del Molina camina retratando personajes y recreando atmósferas. Y las sorprendentes rutas de este periplo se convierten en 32 historias que conforman un atlas sentimental, irónico, tierno y retador.

Cineastas, espiritistas, Víctor Manuel, ríos, topónimos, escuelas a punto de cerrarse, minerales, castillos, Félix Rodríguez de la Fuente, centros astronómicos, sopa castellana, teléfonos fijos, expoliadores de arte, especies invasoras, dinosaurios, gasolineras, romerías, maquis, Quevedo, festivales de rock, tumbas, personajes ilustrados y noches estrelladas nos demuestran que no hay mejor futuro que la recuperación del pasado. Y que los atlas son las brújulas de los grandes viajeros.

«En el mejor de los casos, mi mirada se asienta, como arena traída por el viento, sobre siglos de sedimentos palabreros que hacen del paisaje algo cantado, recitado y, a veces, susurrado.»

Para más información a prensa:

Lola Escudero - Comunicación GeoPlaneta

Tel: 91 423 37 11 - 619 212 722

lescudero@planeta.es
